

PALABRAS

**La educación  
y el cuidado  
de la  
palabra**

Dr. Ángel Gabilondo Pujol

# La educación y el cuidado de la palabra

## La compleja tarea de educar

Educar es una de las tareas más complejas de nuestro tiempo, pero también una de las que tienen mayor capacidad de generar ilusión. Da cohesión, confianza y expectativas a una sociedad de ciudadanos libres, porque es sólo a través de la formación y la educación como se puede ejercer en toda su magnitud la condición de ciudadano. Y ninguna exclusión es mayor que la de ser excluido del conocimiento.

Educar es requisito esencial para el sistema democrático. Sin democracia puede haber alguna educación, pero sin educación no puede haber democracia. Además, cuanto más calidad tenga nuestro sistema democrático, mayor calidad tendrá nuestra educación y viceversa. La educación garantiza el futuro de la democracia porque, como sucede en todas las sociedades, es también el medio de transmisión de valores entre generaciones. En nuestra sociedad esos valores son los valores democráticos que hacen referencia a la solidaridad, la convivencia democrática y al respeto a las diferencias individuales con el objetivo fundamental de lograr una mayor cohesión social.

Los valores son necesarios. El conocimiento también, pero sin valores el conocimiento pierde su sentido. La dificultad estriba en cómo se transmiten, recrean y mejoran. Para ello es esencial que los docentes logren desempeñar su labor en un clima de respeto, de tolerancia, de participación y de libertad. Con el objetivo de que sea efectiva esta transmisión de valores, es necesaria también una mayor implicación de todos, de la comunidad educativa, de las familias, de los agentes sociales, de las administraciones, de los partidos políticos y de los medios de comunicación, y en general, de toda la sociedad, para la asunción responsable de los derechos y deberes, y se viva la solidaridad y

el respeto a los demás. Y es fundamental crear un entorno coherente con los valores que queremos vivir y con los que deseamos convivir. La educación es y hace ciudad.

Tenemos que impulsar y promover una educación integral que favorezca la educación de los estudiantes como personas y ciudadanos preparados para enfrentarse a un mundo abierto y en continuo proceso de cambio. Ciudadanos activos, que piensen sobre lo que aprenden y que no dejen nunca de preguntarse por el conocimiento que adquieren. Que duden sobre lo que les enseñan, que propongan nuevas verdades. La educación no es una simple adquisición de conocimientos, contiene muchos otros objetivos además del de lograr la *empleabilidad*.

La democracia se basa en la idea de que nadie posee la verdad absoluta, de que ésta no es patrimonio de un único individuo ni de una formación. Entiende que la palabra no es patrimonio de nadie. La palabra es diálogo, acuerdo, consenso. La palabra es de todos y cada uno, de todas y cada una, es indispensable.

La educación y la palabra tienen una capacidad enorme de crear identidad en comunidad. Pero comunidad no es aislamiento ni retraimiento ni exclusión, sino todo lo contrario: apertura, avance e inclusión permanente. Es un conjunto de personas que deciden poner en común, desarrollar sus intereses compartidos. Por eso la lengua, que tanta comunidad crea, no debería emplearse nunca como instrumento de división, sino como expresión de tolerancia y de suma.

Educar es educar en la palabra y educar en su ejercicio en libertad. Es formar en la pluralidad, en la interculturalidad, en la inclusión de las diferencias, en la diversidad. La democracia es el derecho a la diferencia sin diferencia de derechos. Supone estar dispuesto a dejarse decir algo y no creer que uno lo sabe todo y mejor que los demás. Implica reconocer que necesitamos de los otros, de nosotros. Es compromiso, es dudar de nosotros mismos, es dejarse ayudar y es jugarse algo con alguien, jugarse algo junto a los demás.

Estamos en un momento difícil y en la necesidad de abordar un importante desafío. La crisis económica que es también una crisis de modelos sociales, políticos, en definitiva, una crisis de valores. Tenemos que pensar en superar la compleja situación, pero sobre todo en afrontarla de tal modo que no se reproduzca un modelo depredador, especulador, que sólo busque resultados a corto plazo. Para eso es necesaria la unidad a fin de abordar la miseria, la ignorancia, la pobreza, el dolor y el sufrimiento. Y ha de hacerse desde la cultura y la educación como factores determinantes.

Dado que la transformación de la que tanto hablamos la queremos colectivamente, debemos ser todos quienes colaboremos para que se produzca: administraciones, instituciones, agentes y por supuesto los ciudadanos. Pero puestos a mejorar las cosas, en estos momentos difíciles, la educación puede ser esa fuerza de cambio, progreso y unidad que se necesita. La educación, que actúa en tiempo presente, inmediato, pero se orienta siempre al futuro, es la herramienta más adecuada para tallar con atención artesana ese porvenir que queremos. Garantiza el pleno ejercicio de la ciudadanía democrática, responsable, libre y crítica y resulta fundamental para la constitución de sociedades avanzadas, dinámicas, equitativas,

justas.

### El permanente aprender:

Fue **Deleuze** quien nos recordó que el verdadero maestro no es el que dice “*hazlo como yo*”, sino quien te propone “*hazlo conmigo*”. En última instancia, lo que nos desafía es ser llamados, ser convocados, ser elegidos. Que alguien nos dedique un tiempo en su vida irreplicable, que considere que es interesante que crezcamos, que mejoremos, sólo puede inscribirse, sea cual sea el estado de ánimo o su disposición inicial, en una suerte de afecto, que puede llegar a ser de afectuoso amor. El propio **Deleuze** insiste en que un buen curso se parece más a un concierto que a un sermón.

Hemos de acompañarnos. Es cuestión de acorde, de resonancia. Acordar con alguien es el mejor modo de propiciar un llegar a acordarse de él. Así, al propiciar una auténtica memoria ya estamos disfrutando de aquello que más merece la pena de aprenderse: aprender a decir gracias, a ser agradecido, a sentirse agradecido. Sólo desde esa experiencia se produce la íntima relación que traen las palabras alemanas agradecer (*danken*) y pensar (*denken*). Pensar de verdad implica siempre un acto de memoria (*Gedächtnis*) y de agradecimiento. Uno no llega a pensar extrayendo de sí, desde sí, su propio saber. La palabra nos viene del otro. Por eso, lo más difícil es aprender a pensar. “Caminamos juntos por esta vía y no dirigimos exhortaciones a nadie. Aprender significa ajustar nuestro obrar y no obrar a lo que en cada caso se nos atribuye como esencial. Más aún, el verdadero maestro no deja de aprender nada más que el aprender. Por eso, también su obrar produce a menudo la impresión de que propiamente no se aprende nada

de él, si por 'aprender' sólo se entiende la obtención de conocimientos útiles (...). De ahí que siga siendo algo sublime llegar a ser maestro, cosa enteramente distinta de ser un docente afamado”.

Hemos reiterado que sólo se aprende por contagio, por contacto. El verdadero maestro no se entromete, impidiendo ese encuentro. Ni considera que él o ella es lo interesante, lo que ha de ser atendido. Hay en toda la labor de magisterio este primer desprendimiento, una ascesis inicial, un gesto en el que lo fundamental es la palabra, la idea, el concepto, la cosa misma, en definitiva el *logos*, y no aquél a cuyo través se dice y se hace. Esta generosidad inicial ha de acompañar toda la tarea del maestro como su *pathos* y su *ethos*. Esta es su primordial donación, la de no querer imponerse, ni creer que se es poseedor de lo que habrá de decirse. Cuando **Heráclito** aconseja escucharle no a él sino al *logos*, en definitiva está instando a esa sencillez y humildad de la escucha. El maestro antes de reclamar ser escuchado, ha de aprender a ser un oyente de ese decir que nos advierte en ocasiones del silencio lleno de interés de quien mira expectante, necesitado. Aquello que ha de hablar al maestro ha de ser lo mismo que hace escuchar al alumno. Sin esta sintonía no habrá palabra. Por eso, muchas de nuestras enfermedades de palabras son, en última instancia una enfermedad de oído. El buen maestro oye lo nunca dicho, escucha como nadie, incluso lo que está a punto de decirse, incluso lo que quizá nunca nadie diga. Es esto comparte con el alumno el ser permanente estudiante, porque no se cree que ya lo sabe todo y mejor que los demás y ya está dispuesto a dejarse decir algo. En ello se soporta la condición decisiva del maestro, la que le hace contagioso, la curiosidad. No ya la de ver si esto es de ésta u otra manera, sino la

de comprobar si este es capaz de pensar algo distinto, llegar a ser otro que quien es. Por eso el magisterio es una verdadera travesía personal, un itinerario, una *metanoia*, una *paideia* propia, en la que se va siendo maestro, sin llegar a serlo nunca del todo. Sólo la mirada de los demás podrían otorgar esa condición.

### Ir con el maestro y profesor

**Alcibíades** recibió de **Sócrates** la indicación de que si deseaba prepararse para llegar a ser un buen gobernante, debería empezar por cuidarse de sí, por gobernarse a sí mismo, porque quien no se sabe gobernar a sí mismo, no podrá gobernar la ciudad. Y aquí gobierno dice no tanto de una actividad, sin más, política, sino del gobierno de la casa, del gobierno de la nave. Por eso es tan importante el decir verdadero, el decir franco, el del gobierno de la nave. Por eso es tan importante el decir verdadero, el decir franco, el decir de verdad. Lo que caracteriza a la *parresía* es precisamente este modo de decir. Nada menos magistral que el futuro disimulo. Pero el efectivo *parresiasta* es quien dice lo que hace, pero hace lo que dice, porque dice y hace lo que es. Ésta es una verdad decisiva para ser contagioso, la de decir de verdad. Por eso, la verdadera mentira, paradojas aparte, no es que alguien diga lo contrario de lo que piensa, aunque también sino que alguien haga lo contrario de lo que dice. No es sólo una cuestión de coherencia, sino, sobre todo, de que quepa alguna transmisión, algún retorno, aquello que establece las condiciones de la *auctoritas*. Por eso, ser maestro es algo más y algo otro que hacer de, o trabajar de, maestro.

Hemos de insistir, y más que nunca en determinados contextos, que esta tarea comporta una determinada relación con el conocimiento. Éste conforma no sólo pensamiento sino

también, y en esa medida, vida. Se trata de procurar una determinada forma de vivir. Ser geógrafo o físico o filósofo... no es simplemente ser diestro en determinadas acciones, o poseer ciertos conocimientos. Por supuesto que son imprescindibles. Pero ser maestro es crear las condiciones para que sea factible conjugar esos conocimientos con una manera de vivir, de vivirlos, hasta el punto de incorporarlos a un modo de hacer y de ser que condiciona toda la vida. Y la forma de vida es la verdadera palabra. La mentira no se agota en decir lo contrario de lo que se piensa. Consiste fundamentalmente en vivir lo contrario de lo que se dice. El conocimiento no ha de ser sólo adquirido sino que condiciona toda la vida. El conocimiento no ha de ser sólo adquirido sino incorporado. Entonces, no será ni preciso, ni procedente ir “de físico”, o “de filósofo” por la vida. Aprender a sentir y a orientar el vivir por el conocimiento no es un obstáculo para velar por aspectos decisivos, al contrario, ofrece otras posibilidades de existencia, otras modalidades de vida. Por eso, y en el sentido más adecuado del término, un verdadero maestro te enseña a aprender permanente a vivir. Y, más aún, a generar y a crear vida por conocimiento.

No es de extrañar, por tanto, que no sea tan frecuente encontrarse con quien no confunde su magisterio con la simple administración o transmisión del conocimiento, pero es estimulante comprobar que, sin embargo, se es bien consciente de que se trata de vivir por el amor del conocimiento, que no es un simple acopio de conocimiento. De ahí el efecto extraordinario de los buenos maestros, ya que nos impulsan a desear serlo. Y no el número de adhesiones, o de admiradores que siguen al flautista de Hamelin. El buen maestro nos invita a ir con él tras algo, no a ir tras él. Nos gusta porque

nos desplaza del limitado horizonte en el que desenvolvemos nuestra existencia, alimenta nuestra curiosidad y nos traslada a otras vidas posibles. Es un superviviente de una vida por venir. Sobrevive no de una vida acabada, sino que se sobrepone viviendo por encima, a un lado, o a través del vivir cotidiano que se agota con los valores convencionales, los honores, los poderes, las riquezas, cualquiera que sea la caracterización que hoy les demos. Por eso con él, con ella, aprendemos no sólo a saber sino un modo de saber singular. Y singular significa también aquí irreplicable. De ahí que en definitiva no se puede imitar, si por tal se entiende copiar y reproducir. Sin embargo, el buen maestro es ejemplar. Y no tanto por su individualidad característica, sino porque sin poder reproducirse, sin más, su decir y su hacer, su vivir, sin embargo se puede reiterar, reitinerar. Nos propone horizontes y su caminar nos abre un espacio para la complicidad, la coimplicación, la compañía. Su modo de relacionarse con el saber nos desafía a que busquemos el nuestro propio. En todo caso, compartimos con él no sólo un camino, también una pasión y un conocimiento, siquiera incipiente. Nuestros permanentes balbuceos son, sin embargo, senderos, nuestras incapacidades pasos, nuestra ignorancia, deseo de saber.

### **El buen educador**

Con razón se dice que un maestro nos enseña a aprender. Eso no significa que no aprendamos algo. Sólo se aprende a través del conocimiento, a través de lo aprendido. Desconsiderar el conocimiento para apostar por el saber es otra ignorancia, la de quien no ha considerado aún que el conocimiento no es, sin duda, la sabiduría, pero que sin conocer no se puede saber. Saber es entender, comprender, vivir lo sabido. El buen maestro nos

acompaña por el conocer a un modo de saber. Matemáticas, lengua, biología... apuntan modos de saber, maravillosos saberes. Pero con ellas ha de labrarse algo más que un proceder técnico o tecnocrático, ha de labrarse lo que está por venir. Es cierto que ya está en esos modos de conocer, pero señalan y hacen signos hacia un saber que se hace vida. Por eso no sólo hay biología. También existen los biólogos, las biólogas. Y serlo no se reduce a devenir experto, sino a ver lo que hay con una determinada mirada, preñada de un amor y un conocimiento. Y hay profesores de biología.

En este proceso de incorporación se establece una enigmática relación con el buen maestro. A veces lo más desconcertante es su sencillez. Eso no excluye la complejidad sino la simpleza. Basta estar cerca para que uno haya de comportarse de una determinada manera. A comportarse no ya sólo como es, sino como desearía ser. A su lado no cabe decir cualquier cosa. Y no por temor sino por respeto, para empezar para con uno mismo. No es su poder lo que cautiva, sino su saber, su ser. Incluso su silencio resulta elocuente. Porque abre su espacio ético.

Suele decirse que el buen maestro, la buena maestra, *deja ser*. Pero se malinterpreta si se entiende que se trata de un acto de pasividad, de permisividad o de condescendencia. Dejar ser es un modo de actuar, una forma de acción que consiste en crear condiciones de posibilidad para la palabra de todos y cada uno, de todas y cada una. Para dejar ser hay que atender mucho, escuchar mucho, ofrecer mucho, dar mucho. Dejar ser es propiciar que brote lo mejor de alguien, impulsar sus cualidades, abrir expectativas, desplazar los horizontes. En definitiva, vuelven con todo su sentido las hermosas palabras de **René Char**: “desarro-

*llad vuestra legítima rareza*”. De ahí que no se trata de aplicar rígida y sistemáticamente un manual de instrucciones. De hecho, “nunca se sabe de antemano cómo alguien llegará a aprender, mediante qué amores se llega a ser bueno en latín, por medio de qué encuentros se llega a ser filósofo, en qué diccionarios se aprende a pesar. Los límites de las facultades se solapan unos con otros bajo la forma fracturada de lo que lleva y transmite la diferencia. No hay un método para encontrar tesoros y tampoco hay un método de aprender”. Cabe, en todo caso, un modo de proceder el movimiento del aprender, lo que entrelaza una sensibilidad, una memoria y un pensamiento.

La maravilla de concebir y de alumbrar conceptos acompaña la de crear modos de vida. Al *dejar ser* no simplemente propiciamos toda suerte de ocurrencias, como si se tratara de dejarse llevar. Ha de establecerse todo un procedimiento que favorezca la incorporación del saber, hasta devenir vida propia. Y ello requiere oficio. No es cuestión de mera destreza. Hemos de procurar ser artesanos de la belleza de la propia vida, artífices y no simples artefactos.

Por eso la palabra *oficio* implica una tarea, un deber, una ocupación, una dedicación. Nada más ejemplar, por tanto, que el cuidado y el gobierno de sí mismo, la aceptación de que uno es extraño y diverso para sí mismo, para promover la singularidad.

El buen maestro, la buena maestra, sabe que la constitución de sí en una vida entrega al saber y al conocimiento es la clave del reconocimiento del otro, en su alteridad irreductible.

Sabe que integrar no es asimilar. Sabe que lo común se sostiene en el derecho a la diferencia sin diferencia de derechos. Sabe incluso que es

preciso preservar la permanente capacidad de sorpresa ante la mirada irrepitable de alguien que busca ser libre y justo y precisa de la palabra próxima, amiga, y con conocimiento, para emprender un camino hacia otras posibilidades. Y sabe que requiere el impulso y el afecto de los demás para no ceder a la resignación o a la rutina. Sabe que nunca sabrá del todo. Y sabe que no es indiferente cómo sea, es decir cómo haga, es decir cómo se comporte. Aprender es hacer el movimiento. Por eso el buen maestro ha de ser un maestro bueno, aquello que se guarda en la expresión, que suele decirse con ingenuidad, con mucha ternura y con verdad, ha de “ser buena gente”.

### Seres de palabra

Pero esta tarea no es sólo la del cuidado de uno mismo. En todo caso, ni siquiera sería tal si uno no se cuidara de sus palabras, si no cuidara la palabra. Sin ese cuidado, no hay cuidado de uno mismo. Hemos de situar la educación en el corazón de la economía, reconocer que ésta es una ciencia social, una ciencia humana. Y no olvidar que la verdadera formación comporta ser de palabra. Hemos de pensar qué tienen que ver el cuidado de la lengua y el cuidado de la palabra con este asunto.

Hemos de educar por la palabra, no sólo para ella. Incluso sería posible reconocer la necesidad de vivir por la palabra y no tanto ni sólo porque la palabra es vida sino porque la palabra nos hace vivir. El conocimiento y el uso de la lengua implica una mayor incorporación a ámbitos de convivencia. Esta función democratizadora adopta la forma de amor a la palabra, a las palabras. La máxima expresión de esta dimensión erótica de la lengua es su capacidad de enlazar, entrelazar, unir, vincular y más aún de ofrecer el lecho en el que con-

jugas diferencias. Singularmente la lengua se incorpora y democratiza en el permanente recorrido de la voz a la palabra y cuya forma más adecuada es la escritura.

Impresiona reconocer que una palabra mal empleada o imprecisa introduce alguna suerte de injusticia, siquiera mínima, en el mundo. Por tanto, si la educación es un camino de justicia, es absolutamente necesario el cuidado del lenguaje. Aunque con frecuencia se descalifica el discurso de alguien diciendo que son “sólo palabras”, uno se juega mucho con el lenguaje. No basta con vociferar, ni es indiferente el sentido, el tono y el alcance de lo que decimos.

Necesitamos como nunca a quienes se jueguen lo que son en lo que dicen, seres capaces de dar, de mover, de movilizar, de motivar, de convocarse a una forma de vivir. Precisamos una palabra próxima, como mano amiga, discursos verdaderos, capaces de impulsar nuestros quehaceres. Y quienes vivan esa palabra como modo de vida en común, en comunicación, como palabra comprometida y solidaria.

No hay modernización del sistema educativo sin una sólida formación en la enseñanza de la lengua, de las lenguas, ni desarrollo personal ni transformación de la sociedad. Pero ello supone no aislarla del cuidado de y por la palabra. Con la estructura del lenguaje se estructura también un mundo y en su desorganización se desarticula la realidad, no solo el pensamiento. Y, sobre todo, se perfila una vida y un modo de vivirla.

Tal vez por ello ha de hacerse notar que los malos momentos de la educación suelen coincidir con los malos momentos de la lengua y de la palabra. Cuando el lenguaje pierde

capacidad de producción, la realidad se vuelve infecunda. Si no deseamos quedar apesados en la utilidad, en la inconveniencia, en la moda o en la costumbre, si no queremos reducir la educación a la adquisición de un conjunto de habilidades, hemos de vincularla a una cultura y a una lengua entrelazada a una comunidad. Hemos de tener en cuenta que las palabras no solo simbolizan, también significan, hacen señas, gestos, indican por donde buscar las cosas. No son las cosas, pero sí las hacen posibles y reales. Palabras y cosas se encuentran en el espacio de comunicación y tienen siempre una implicación en una comunidad.

En un texto de 1934 de **Gil y Gaya** titulado “*Valor educativo de las lenguas vivas*”, señala que “Teóricamente las formas expresivas que puede adoptar una vivencia son ilimitadas. Fijándonos, por ejemplo en el orden con que las palabras se suceden en la oración, o las oraciones en el período, no hay nada que se oponga a que una representación cuyos elementos analizados (palabras u oraciones), sean A B C D y E; pueda enunciarse colocándolos en cualquier orden. Si el lenguaje obedeciera sólo a los impulsos expresivos individuales, el interés psicológico del momento señorearía en absoluto el orden adoptado. Pero el lenguaje es esencialmente social, y la persona que habla si quiere ser entendida tiene que ajustarse a las fórmulas aceptadas como válidas por el grupo humano del que forma parte, no por ser mejores sino por su validez social. Las lenguas a causa de los hábitos colectivos adquiridos a lo largo de su evolución histórica escogen un repertorio limitado de posibilidades prácticas de expresión, y por grande que sea la originalidad lingüística de un individuo, tendrá que conformar (con- formar) la mayor parte de su vida expresiva a las limitaciones que su comunidad le impone. El artista de la palabra y el

hombre de la calle forcejean entre sí buscando el predominio del hallazgo verbal o de la rutina cotidiana y de este forcejeo nacen a la vez la renovación y la estabilidad de las lenguas” (pág. 376).

Nada tan educador como la adquisición de la lengua materna, salvo quizá que el retorno a ella desde el conocimiento de una lengua extranjera. En última instancia, uno siempre habla una lengua que no le es propia, se siente como extranjero en su propia lengua, aprende en su propia lengua que lo extranjero forma parte de sí mismo. La lengua es la venida del otro. Por ello, la verdadera xenofobia empieza cuando uno no acepta que es extranjero, extraño, para sí mismo.

“Una discípula mía, norteamericana, me decía hace poco que después de haber pasado un año en Madrid estudiando y hablando español, escribía en inglés mucho mejor que antes. Este juicio lo he visto confirmado después con gran frecuencia. Cuando volvemos a nuestra lengua desde una lengua extranjera, asistimos a una reelaboración de formas expresivas, nos sumergimos en la delicia de recrear nuestro idioma. La mente, embotada por la rutina, descubre maravillada que hasta los lugares comunes más espesos y las frases más petrificadas echan a andar por si solos con un garbo insospechados. No vacilaría en afirmar que para el conocimiento profundo de la lengua propia es indispensable el estudio de una lengua extraña”. **Gil y Gaya**, pág. 377. “*El valor educativo del estudio de las lenguas vivas*”

Pero extraña es siempre una lengua, incluso la propia. El pensamiento empieza cuando uno lo sabe y lo reconoce y en cierto modo se oye hablar. El lenguaje es siempre poético y trágico. Por eso hablar es arriesgar y respirar.



No sólo poéticamente hablando habita el hombre, también sólo peligrosamente se vive en verdad. Ritmo y respiración, conforman el lenguaje articulado, el ritmo es en verdad, el ritmo de la respiración, el ritmo de la sangre. Aprender supone estar dispuesto a dejarse decir algo, no creer que uno lo sabe ya todo y mejor que los demás. Aprender implica no sólo aprender palabras, sino aprender con las palabras. Proseguir su proceder. Y conviene no olvidar que la palabra hace cosas, las palabras aman, las palabras tocan, las palabras matan.

### La palabra justa

Era **Aristóteles** quien afirmaba que se res humanos nos distinguimos de los animales en que ellos tienen voz, pero nosotros tenemos palabra y la voz sirve para expresar el gusto y el disgusto, el placer y el desplacer, pero la palabra sirve para expresar lo justo y lo injusto, lo conveniente y lo inconveniente. Así que si la voz va del gusto y del disgusto, la palabra va de lo justo y de lo injusto. Para expresar y para buscar, y para crear. Tenemos que ser seres de palabra y la palabra tiene tanto que ver con la justicia que, a veces, creo que una palabra mal empleada, desajustada, introduce alguna suerte de injusticia en el mundo.

Regular, gobernar, timonear nuestras palabras, nuestras expresiones, cuanto decimos y escribimos es ya una forma de gobierno de sí, de cuidado de uno mismo. Pero, no hay cuidado de uno mismo sin cuidado del lenguaje. Por eso, el cuidado del lenguaje, el amor y el cuidado a la palabra, a las palabras, es hoy tan educativo. La educación es el ejercicio del gobierno de sí y el cuidado de los otros, de lo recibido, de lo que hemos de transmitir.

Pero necesitamos ayuda, apoyo, compañía,

consejo, horizonte. Nos hace falta la gramática, que es casa común de la diversidad. Precisamos modos diferentes de compartir una misma lengua, en un espacio de posibilidades. Necesitamos formas de comprender, de comprendernos.

Leíamos últimamente comentarios sobre el reciente texto *Vivir a muerte*, que ofrece las cartas, las últimas palabras de quienes fueron fusilados horas después por los nazis entre 1941 y 1944. Todas conmovedoras. Traemos hoy unas especialmente elocuentes para esta ocasión: “*Perdonadme las faltas de ortografía*”. Solicitar este perdón ante la muerte da que pensar ¡Qué singular relación con la escritura ajustada, con lo que uno es y significa vinculado a la corrección de las palabras, para decir esto en un momento así! “*Perdonadme las faltas de ortografía*”. Quizá porque la lengua es vida y la lengua correcta vida correcta.

Es cierto que se habla con buen sentido de de aprender a aprender. Pero ello tiene internamente algo que hay que desplegar, es un pliegue que hay que abrir. Aprender a aprender es como un abanico. Abramos el abanico y, entonces, aprender a aprender es aprender a enseñar, es enseñar a aprender y, entonces, sí que hablamos de aprender a aprender. No obviemos la palabra “*enseñar*” que está en el corazón del aprender. Hay que aprender a enseñar para enseñar a aprender, porque, si no, no aprenderemos el aprender.

Como en ocasiones obviamos esta apertura del abanico, vamos tan directamente al aprender, hasta el extremo, que no compartimos, de que algunos sostienen que hay que aprender a aprender sin enseñar. Hemos de reivindicar el enseñar, el estudio, para decir que hay una

importancia decisiva de la palabra en todas sus modalidades. Se trata de la palabra, no simplemente del hablar. De la palabra en todas sus modalidades, reconociendo, en el corazón de todas esas otras modalidades, formas de decir que desbordan el hablar mismo.

Vivimos en un mundo en el que se habla mucho y se dice poco. Lo hemos puesto todo perdido de palabras y de actividades. Hemos de reivindicar la palabra y el decir. No se trata sólo de decir con las palabras, se trata de ser de palabra de ser seres de palabra. Y ello ha de exigirse a un profesor, a una profesora.

La figura del profesor próximo no es exactamente la que coincide con la del profesor que se aproxima a la cosa. Es más, a veces hay profesores muy próximos que en vez de aproximarnos a la cosa, nos distancian de ella. De ahí que aprender tenga siempre una dimensión erótica, pero el “eros” no es el movimiento que conduce del uno al otro, sino el movimiento que conduce a ambos dos en la dirección de algo otro.

Así que a aprender se aprende también por contagio, por contacto, como se aprende a nadar. **Hegel** muestra la inconsistencia de aprender a nadar limitándose a leer libros de natación. Y es que nosotros tenemos una cierta tendencia a enseñar a nadar simplemente leyendo libros de natación. Tantos años haciéndolo y el día que te tiras al agua, te ahogas con toda seguridad, porque, al parecer, sólo se aprende a nadar, nadando.

No hagamos, y nos lo recuerda **Hegel**, como aquel novicio que no se quería tirar al agua, que detestaba el chapuzón en el agua, y sin embargo deseaba saber nadar. Es semejante a quien cree que ganará peso leyendo libros de gastronomía. Es evidente que no es así. Lo que

engorda es cocinar lo que ahí se dice y luego ingerir lo cocinado. *Sapere*, saber, es saborear. Si algo no pasa por la boca, si algo no pasa por el cuerpo, no sabe, no se sabe. Los griegos subrayaban hermosamente, “digo carro y las ruedas pasan por mi boca”.

Decían de **Teeteto** que era muy bello y un día **Sócrates**, al verlo, comentó: “pues a mí, la verdad, no me parece tan bello”. Se encontraba dolorido, había perdido una batalla, se hallaba sucio, derrotado... y **Sócrates** pensaba: “Yo no le veo nada, no sé qué le encontráis”. Sin embargo, más adelante, en un momento determinado del diálogo, ya repuesto **Teeteto** de esas calamidades, habla de tal modo, con una capacidad de abstracción y de concreción a la vez, de unir y de separar, de argumentar, de discernir, de persuadir, de conmover que, cuando acaba, dice **Sócrates**: “pues sí que era bello, porque quien habla bien es una bella y excelente persona”.

Al leer ese texto, puede llegarse a la conclusión de que hablar bien no debe de ser, simplemente, expresarse con fluidez, aunque esto es interesante, construir bien las frases, tener riqueza de vocabulario o aderezar el discurso con adjetivos. Hablar bien es más para que **Sócrates** pueda decir exactamente que quien habla bien es una bella persona. Pensemos en qué puede significar. Es preciso ser bello por la forma de vivir, ser bello por el modo de decir.

### Mover a decir

Desde luego, eso de hablar bien tiene mucho que ver con la capacidad de argumentar, con la capacidad de motivar. “Motivar”, *emouere*, *mouere*, es la capacidad de mover, y de mover, Ambas palabras tienen la misma raíz. Y, además, una cosa más interesante, tienen que ver con *emouere*, “emocionar”, con la capaci-

dad de emocionar y, cuando la emoción es común, de conmocionar. Así que es interesante ver que motivar y emocionar son compatibles, esto es, que el gusto es compatible con el provecho, que puede ser que nos dé gusto oír a alguien y encima no nos esté mintiendo, que puede ocurrir que la persuasión no sea simplemente un engaño, sino una argumentación sólida que nos motiva y nos moviliza hasta emocionarnos, hasta emocionarnos tanto juntos, que nos conmocione. Y ello resulta interesante, porque implica también una lógica del enseñar, que es la lógica de que sólo se enseña si se argumenta, si se motiva y si se emociona. No hay conceptos sin afectos, sin afectos no hay conceptos. Hay muchas formas de emocionar, de motivar, de conmover y de argumentar. Emocionar por la palabra es más que persuadir, es motivar y sólo así convencer. Ello requiere una cierta toma de distancia, además de esa creencia. Ese mover es un motivar y un movilizar.

El educador, el profesor, la profesora, nos aproxima a la cosa y está cerca, pero a la par en cierto modo está retirado y aislado, no solo de cierto mundo, sino retirado de los placeres, de los poderes, de las riquezas, de los valores convencionales. Hay toda una escala de valores que nos hacen ser, como siempre, gentes un poco inclasificables, que nos hacen ser ese tipo de personas que el castellano expresa tan maravillosamente como “de lo que no hay”.

Como se conoce, la *Retórica* de **Aristóteles** tiene tres partes, que son la teoría de la elocución, la teoría de argumentación y la teoría de la composición del discurso. Cuando se olvida que tiene tres partes y sólo nos fijamos en una de ellas, en la teoría de la elocución, en la lexis, entonces se comete el error que ha cometido cierta tradición, que es que se ha creído que

hablar bien era sólo atender a la elocución. De ahí ha brotado cierto desprestigio de la retórica. Además de la teoría de la locución está la teoría de la argumentación y la teoría de la composición del discurso. Hablar bien no es sólo hablar correctamente, sino que es también componer el discurso adecuadamente y argumentar sólidamente. La segunda indicación es que hay que querer comunicarse con alguien para poder hablar y querer comunicarse con alguien es también escuchar, intercambiar ideas con el otro, hablar con él. No simplemente hablar al otro, sino hablar con él.

En definitiva, aprender es aprender a hablar, a leer y a escribir. Correcta, ajustada y justamente. Y ésta ha de ser una prioridad educativa. Sólo así podremos comprender y comprendernos, y responder adecuadamente. Sólo así tendremos en cuenta de verdad al otro, a los otros, a todos. En última instancia, así seremos más libres y mejores ciudadanos. Ninguna propuesta educativa ha de olvidarlo. Y la gramática y la lengua han de procurarnos los medios para lograrlo. Y para decirlo. Y para hacerlo bien.

Hablar, leer y escribir no es hablar, leer y escribir sin más, sino hablar, leer y escribir de algo, es decir, saber hablar de algo, saber leer un libro de filosofía, de literatura o de química, estar en condiciones de poder leer, de poder comprender, de poder discernir. Porque la clave es aprender a leer y aprender a leer es aprender a *legere*, es decir a *eligere*, a elegir, aprender a preferir.

Elegir es preferir, siempre que vemos, estamos en cierto modo leyendo. Ver no es lo mismo que leer, pero vemos eligiendo, vemos prefiriendo, vemos seleccionando y de ahí viene la palabra elección. A su vez, dar la lección

es otorgar una lectura, poner en acción un elegir, implica que alguien ha seleccionado algo. Quien tiene la capacidad de leer y de hacerlo bien, ha de ser caracterizado en riguroso castellano como “*elegante*”. Eso quiere decir literalmente la palabra elegante. Elegante significa el que sabe elegir, el que tiene la gracia y el don del elegir. Esta íntima relación entre el hablar y escribir es la que pertenece al pensar, porque pensar no es una actividad mental, pensar es sobre todo una relación entre el pensamiento, el hablar y el decir que nos hace cambiar y trastornar la noción misma de mentira.

Si la educación es la mejor política social, la más inclusiva, el factor determinante de equidad, el conocimiento, el buen uso, el amor y cuidado de la palabra es un factor determinante de incorporación social.

En realidad, ser educado es saber hablar, leer y escribir, ser capaz de elegir, ser capaz de decir. Decir y elegir son *logos*, *légein*, un *eligere*, un decir que hacer lo que dice y dice y hace lo que es. Por ello es tan contagioso coincidir con un maestro, que siempre es un maestro en el decir, en el elegir, un maestro del saber, del saborear.

De ahí la importancia de la escolarización temprana, que es el advenimiento de la educación permanente, el gran factor que propicia la detección de necesidades singulares y favorece la igualdad de oportunidades. Aprender a hablar en el corazón de una lengua materna, paterna, es iniciarse en el reconocimiento de un mundo ya configurado y abierto.

Y cuando uno dice lo que piensa, incluso es interesante hacer estas consideraciones: “Bueno, antes de hablar voy a decir unas palabras”, lo que prueba que se es capaz de reconocer

que la palabra viene muy después, al final tal vez de un cultivo, de un cuidado. Considerar y cuidar la palabra, sería prácticamente un modo de proceder educador, el verdadero método. Tan somos seres de palabra, que la palabra propia singular e irreplicable es lo que nos constituye, la que nadie dirá en nuestro lugar. En realidad, es como si no pudiéramos ver a alguien hasta que le oímos hablar. Su palabra es su forma de vida.

Por eso dejar hablar no es un acto de permisividad ni de condescendencia, sino de reconocimiento. Es necesario crear condiciones para la palabra de todos y de cada cual, abrir espacios de conversación, no para disertar en nombre de los demás, sino para propiciar su propia palabra. Se trata casi más de un escuchar. Sin ello, no hay efectivo decir.

En la palabra encontramos las fuerzas que nos faltan, la ilusión de la que carecemos, el aliento requerido, las ideas que tanto precisamos y una determinada memoria y comprensión del mundo. Hablar es una forma específica de presentarse, de ofrecerse, de llegar a ser alguien para los demás. En ocasiones, ningún regalo es mejor que la palabra justa. La necesitamos. Se requieren las palabras justas y ello no es simplemente cuestión de cantidad, sino de medida, bien compatible con la armoniosa pasión. A veces, como señalamos, todo está perdido de palabras y no se dice nada. Y no sólo, en un sentido, por la palabrería o, en otro, por el cultivo del necesario silencio, sino por el temeroso callar y acallar la palabra, para que en última instancia sólo haya voces.

Si aprender es aprender a hablar, a leer y a escribir. En última instancia, así seremos más libres y mejores ciudadanos. Ninguna propuesta educativa ha de olvidarlo. Y la gramáti-

ca y la lengua han de procurarnos los medios para lograrlo. Y para decirlo. Y para hacerlo bien. Pero no sólo ellas. Toda tarea educativa es una tarea de una palabra que hace lo que dice.

Así tenemos más posibilidades de relación. Abramos una página cualquiera. Ya por ser página es pacto de paz, aldea que acoge las diferencias, es pango, es un espacio que se construye desde el esfuerzo colectivo y la tarea de cada cual. Cada página es un lance, un episodio de reflexión. Tal vez la página, una página sea la realidad más evidente de esta acción. Una página es un tratado de paz, un pacto, un acuerdo, un encuentro de adjetivos, sustantivos, adverbios, preposiciones, conjunciones, verbos... que conviven armónicamente. Al respecto es educativo dejar, como señala Gracián, las márgenes desembarazadas.

Este espacio en blanco convoca la acción de leer. Las iluminaciones, las notas, al lado, al pie se convocan entre sí y tengan lugar o no son requeridas. Pango dice a su voz aldea y una población de potenciales lectores reescriben el texto incluso con su silencio.

He asistido a la progresiva desaparición de seres extremadamente preciosos, seres que sabían hablar, responder, escribir capaces de repetición y de memoria. Responder de, responder ante, dar respuesta. Así señalaba **Paul Valéry**, nosotros añadimos seres capaces de leer, hablar y escribir.

**Autor:**

**Dr. Ángel Gabilondo Pujol**



[http://commons.wikimedia.org/wiki/File:C3%81ngel\\_Gabilondo\\_en\\_rueda\\_de\\_prensa.jpg?uselang=es](http://commons.wikimedia.org/wiki/File:C3%81ngel_Gabilondo_en_rueda_de_prensa.jpg?uselang=es)

